

*Homenaje de la Facultad de Medicina a DANIEL A. CARRION
en el Centenario de su nacimiento*

Lima, 8 de Agosto de 1957

CARRION Y SU POSITIVISMO CIENTIFICO

DISCURSO DE ORDEN

PRONUNCIADO POR EL DR. HUGO PESCE*

La humanidad moderna, nacida tal vez con Heráclito, es género altamente diferenciado en la naturaleza.

Su ascenso — por la vía de los dos Bacones, de Cartesius, de Diderot — está confiado a quienes usan la razón, más aun a quienes viven la consecuencia de la razón.

A estos seres pertenece Daniel Carrión.

(H. P., 1950).

Confirmarle tan excelso título, compenetrarnos de su justificación es el deber de cuantos, una centuria después de su nacimiento, reunidos en esta Facultad que fué su hogar espiritual, deseamos rendirle, más que el tributo de la emocionada admiración, ese homenaje intelectual que merece su rango de pensador científico.

Acercarnos por la senda racional a esta recia figura de la medicina nuestra supone adentrarnos en la exégesis histórica de su persona; y significa intentar abarcar la visión de su marco, el Perú de sus días, de cuyas entrañas nació, cuya vicisitudes vivió y de cuyo pensamiento se nutrió.

Su breve y fecunda vida va del 13 de Agosto de 1857 al 5 de Octubre de 1885. Son 28 años tallados en la vivencia del Perú republicano, que corresponden a una fase crítica de la evolución del país: la del nuevo militarismo nacido de la guerra con España.

(*) Catedrático Principal Asociado de la Cátedra de Clínica de las Enfermedades Infecciosas, Tropicales y Parasitarias.

1.—*La conciencia nacional y Carrión.*

La guerra vino a interrumpir la línea de crecimiento burgués-mercantil de la época de Castilla y de Echenique. La decadencia del guano y del salitre, cimientos unilaterales de nuestra economía, se detuvo, en repunte efímero, con el gobierno de Balta. El contrato Dreyfus de 1870, breve victoria de la naciente economía dirigida, contra la posición pseudo-liberal de los nacionales aspirantes a consignatarios, nos dió los ferrocarriles y la construcción del Hospital "Dos de Mayo", para luego dejar al gobierno civil de Manuel Pardo una población de 2'700,000 peruanos soportando la desaparición de los obrajes, el incremento de la deuda externa, la grave contracción del mercado interior y la baja de la moneda; fenómenos que en 1887 llevaron a la bancarrota fiscal y a un desmesurado crecimiento de la pobreza. La guerra con Chile, de febrero de 1879 al tratado de Ancón en octubre de 1883, quebró importantes fuentes de riqueza y dejó, al cabo de cuatro años, al país devastado y exhausto.

Cuales repercusiones tuvo sobre el pueblo este ciclo de nefastos acontecimientos? La historia nos dice que en estos decenios ha madurado visiblemente la conciencia nacional. Las contradicciones internas pasaron a segundo plano, frente al peligro común. En la defensa del territorio patrio los ciudadanos escribieron páginas legendarias. Frente al pauperismo, el pueblo respondió con la radicalización y frente a la derrota, con las guerrillas. La juventud universitaria, en gran parte bajo el signo del liberalismo doctrinario, adoptaba actitudes iconoclastas, hasta oponerse a la erección de un monumento a Unánue, negándole el carácter de prócer. Esa misma juventud regó con torrentes de sangre generosa los campos de San Juan y Miraflores; y de sus filas superstités salieron guerrilleros para las huestes de Cáceres.

Entre esos jóvenes, trabajados por dos decenios de privaciones y bañados luego en la luz de la epopeya heroica, uno se llamaba Daniel Carrión, quien estuvo como sanitario de campo en las trincheras intimando con la muerte, para más tarde enfrentarse a un morbo dañino, en su lucha contra la oscuridad de la ignorancia que obstruía la ruta del saber.

Este joven provinciano, privilegiado por cierto, es la más elevada expresión del clima de exaltado patriotismo, de rebeldía y de heroicidad de su tiempo; y es, sobre todo, el depurado producto de ese tremendo crisol histórico que da brillo a los incontables fragmentos de metal noble de que está constituido el pueblo, pese a las escorias del pau-

perismo, que disipa los negros vapores de la resignación irracional, que infunde claridad, y que hace emerger los espíritus de avanzada.

Hace 40 años, sobre la tumba de Carrión, un estudiante entonces y hoy ilustre catedrático de este claustro, decía: "el castigo de la guerra imponía a los hombres la necesidad, ya olvidada, de ser buenos".

Sí; ello es cierto, profesor Juan Francisco Valega; pero reza tan sólo para quien, como Carrión, sabe sublimar el mal para trocarlo dialécticamente en bien.

2.—*La nueva filosofía y Carrión.*

Paralelo con este resultado que las contradicciones económicas y sociales engendran entre la juventud de humilde o de modesta cuna, se opera análogo proceso en la esfera del pensamiento y de la especulación.

La corriente racionalista, cuya simiente sembrara Rodríguez de Mendoza y que presidió la emancipación, a medida que avanzaba el siglo XIX iba tomando un carácter peculiar en el campo de la cultura. El progreso material, ligado a los avances de la técnica, tanto en Europa como en América, se reflejaba en la mente de las capas dirigentes dando lugar a la formación de un nuevo mito. La diosa Razón, cesadas las truculentas exigencias de la conquista de su trono, y después de pasajeros recesos, que en otras latitudes se llamaron restauración y entre nosotros caudillaje militar, busca el terreno de la civilidad, establece compromisos con los considerables reductos feudales o confesionales, y se reviste del ropaje del Progreso. Sus armas pacíficas son la ciencia y la educación, que si bien están destinadas a traer cambios sociales, no violentan la situación y son todavía compatibles, por largas jornadas, con la estructura social vigente. Sólo contados equipos o personas, ajenos a toda transacción, aparecen en la historia como los representantes del ala puritana de este movimiento intelectual.

Las Universidades, afanadas por redimirse de haber sido apéndices culturales de la Corona, ostentan un deseo de acercamiento a los grandes problemas de la Nación. Sus diplomas ya no serán para eruditos contemplativos, sino para profesionales. La educación secundaria y la primaria sufren la influencia de estas ideas rectoras y los gobiernos tratarán de democratizarlas y, más tarde, de tecnificarlas.

Todo este movimiento, enfoque y perspectiva ha recibido el nombre de positivismo; corriente que, si bien alcanzó en el Perú su expresión máxima con el manifiesto de 1886 y al finalizar el siglo, ya desde

su segundo tercio había cobrado vigencia, con expresiones ostensibles en nuestra Facultad y entre la juventud fernandina.

Participó Carrión de esta posición intelectual? Su biografía nos indica con toda evidencia que su vivencia interior estaba totalmente sumida en esta corriente, de la cual llegó a ser expresión máxima y consecuente, sin compromiso ni debilidad alguna.

En toda su vida, como en el curso de su hazaña, que en breve reseñaremos, revela no estar movido por el apetito de bienes materiales, ni por móviles ajenos a la naturaleza y a la condición humana, por muy convencionales, difundidos u oficializados que fueran. Como único norte tenía el bienestar de la Humanidad y el avance de la Ciencia.

Memorables son sus palabras antes de la inoculación, referidas por Alcedán: "Si muero, que importa el sacrificio de mi existencia, si con esto presto un servicio a la humanidad doliente!" No podían ser éstas las expresiones de un "incauto", ni se conciliarían con las opiniones, reservas y temores sobrenaturales de un creyente.

De una lucidez y de un racionalismo impresionante es el último precepto que dictó: "ahora les toca a ustedes terminar la obra ya comenzada, siguiendo el camino que les he trazado"; frase que revela una elevada confianza en el determinismo científico y en los resultados que la ciencia puede y debe alcanzar.

En su deliberado sacrificio en aras de la Humanidad y de la Ciencia es evidente, como dice Valdizán, que "fué verdaderamente consciente de su hazaña".

Si ello no es lo más noble y consecuente de la posición y de la convicción positivista ajena a concepciones trascendentes, nadie ya tendrá derecho de invocar el positivismo como ideología o norma de acción.

Si durante un siglo no se hubiese todavía difundido esta calidad de Carrión, ha llegado hoy el momento, para su mayor gloria, de afirmarla y proclamarla.

Aun sus amigos y asistentes, que después del glorioso deceso manifestaban, conmovidos, su esperanza de que "iba a ocupar en lo Infinito el sitio que el Todopoderoso tiene reservado para los que, como él, ejercen la mayor de las virtudes, la Caridad", no se habían atrevido nunca, ni en su enfermedad ni en su agonía, a imponerle actos formales reñidos con su firme creencia terrenal, exhalada en su último estóico dicho: "C'est fini".

Terminó en efecto la persona del que fuera Daniel Carrión, para supervivir indefinidamente en nuestras mentes y en las de todas las generaciones, mientras existan seres sabedores de que en el hombre vive el destino del hombre.

3.—*El pensamiento médico y Carrión*

En las décadas del 70 y del 80, el Cuerpo médico de Lima tenía sus máximas expresiones en la Facultad de Medicina; en la "Sociedad Médica de Lima", que entró en receso con la guerra, para resurgir como "Academia Libre de Medicina" en las postrimerías del gobierno de Iglesias en Julio de 1885; y en la "Gaceta de Lima" que igualmente cesó con la guerra, dando lugar a "La Crónica Médica" en 1884.

Los Decanos de la época de Carrión fueron Manuel Odriozola (1881—84) y José Jacinto Corpancho (1884—86). Entre los catedráticos que intervinieron en su formación, cabe anotar: Miguel Colunga, de Historia Natural Médica; Celso Bambarén, de Anatomía General y Patológica; Antonio Pérez Roca, de Fisiología; Casimiro Ulloa y Tomás Salazar, de Terapéutica; Ignacio Acuña, de Obstetricia; Lino Alarco, de Clínica Quirúrgica; Leonardo Villar y José María Romero, de Clínica Médica.

En la Academia encontramos, además de los mencionados, a otros distinguidos médicos, como Almenara Butler, Avendaño, Carvallo, Castillo, Sánchez Concha, Vélez.

Otros médicos notables fueron Manuel Muñiz, Arnaiz, y Andrés Muñoz.

Los programas de la Facultad y la prensa médica de la época nos ilustran sobre los conocimientos y tendencias de la medicina de entonces.

Las mayores conexiones eran con las escuelas francesa e inglesa. La primera gravitaba sobre la clínica y la patología; la segunda acentuaba su tendencia naturalista y el desarrollo de la higiene.

Las doctrinas de Lamarck y de Darwin eran conocidas y enseñadas por Colunga y Bambarén, naturalistas de fuste, evolucionistas e incrédulos.

La Anatomía Patológica recibió aportes de L. Villar quien la enseñó (de 1860 a 1869) organizada en once capítulos.

La Bacteriología, que nació en esta época, todavía no tenía Cátedra, que sería creada sólo en 1890 con David Matto. Sin embargo Celso Bambarén fué gran divulgador de los descubrimientos de Pasteur que crearon esta nueva y grandiosa disciplina médica.

Cabe revisar cuáles de las enfermedades infecciosas tenían en la época de Carrión, agentes etiológico conocido. Las principales eran, en orden cronológico, las siguientes: Carbunco (1863) Tétano (1865) Lepra (1868) Fiebre recurrente (1868) Tifoidea (1880) Paludismo (1880) Muermo (1881) Tuberculosis (1882). De todos ellos ya se tenía cono-

cimiento en el Perú. De otros agentes etiológicos ya descubiertos, como el del cólera y el de la difteria, sólo se tenía noticias fragmentarias.

La microscopía clínica estaba poco adelantada. Si bien se efectuaba el recuento de hematíes; la bacterioscopía, según Avendaño, habría sido practicada por primera vez en 1887 por Ricardo Flores quien halló bacilo de Koch en un enfermo, estudiante de medicina; a lo cual agregaremos que el primer bacilo de Hansen fue visto entre nosotros por Oscar Razzeto recién en 1901.

A pesar de ello, cabe decir que ya el concepto bacteriológico estaba aceptado y comprendido en nuestro medio, aunque no practicado. Inclusive el concepto de las clásicas condiciones de Koch, que este autor enunciaría de manera expresa sólo en 1890, era ya conocido y discutido entre nosotros.

Más aun, cabe insistir en que no sólo se apreciaba y comprendía todo el alcance de la era bacteriológica, sino que se cifraba en esta nueva técnica esperanzas definitivas, que hoy frente al peso de los trastornos metabólicos reducimos en sus proporciones, pero que entonces se hallaban justificadas y eran muy propias del embeleso positivista dominante.

Tales eran la tendencia y la "mística" científicas —si cabe la palabra— que prevalecían en el pensamiento médico peruano y que Carrión hizo suyas.

El creciente aporte de la bacteriología pasteuriana, unido a la acuciosa observación clínica de tradición hipocrática y el valor del método experimental sistematizado por Claude Bernard, eran la nueva trilogía médica que venía a cobrar en el Perú el valor de consigna y que asumía la proporción de un salto en la evolución de la medicina, abriendo, en efecto, las puertas para un saludable viraje.

Al sumarse Carrión a este proceso, lo hizo con el mismo empuje racional con que un físico se lanza a las hipótesis y a las experiencias que le sugiere una fórmula matemática de rica y profunda estructura. La nueva fórmula médica necesitaba un problema peruano digno de ella, y Carrión lo vio en la enfermedad que aquejaba severamente y segaba vidas entre los trabajadores del ferrocarril a La Oroya.

4.—*El conocimiento de la Verruga en tiempo de Carrión.*

¿Qué sabían los médicos, en tiempo de Carrión, sobre la Verruga?

Antigua era la noción de que el síndrome eruptivo típico estaba ligado a determinadas zonas del territorio.

El "primer ensayo (descriptivo) clínico verdaderamente serio", como dice Ernesto Odriozola, fué la Tesis de Tomás Salazar, de 1858.

Las más "apreciables observaciones anatomò-patológica de las verrugas cutáneas" (Rebagliati) fueron las de Armando Vélez, en su Tesis de 1861.

La epidemia de 1870 entre los trabajadores del ferrocarril a La Oroya, entre Chosica y Matucana, puso de manifiesto, como releva Francisco Graña, 3 hechos: la fiebre de La Oroya y la verruga se desarrollaban en las mismas y determinadas zonas; al lado de los casos de la fiebre, aumentaban los de verruga en forma inusitada; la mayoría de los atacados era gentes venida de afuera.

Si bien este último hecho no llamó por el momento la atención, los dos primeros fueron debidamente valorados por el Dr. Espinal, de la Maison de Santé, quien sostuvo ya, según refiere Julián Arce, que "la fiebre de La Oroya no era otra cosa que la fiebre que precede a la erupción de verrugas"; afirmación que indudablemente coloca a Espinal como "fundador de la doctrina unitaria etio-patogénica" (Rebagliati) de la enfermedad de Carrión.

¿Qué sabía el propio Carrión sobre la Verruga?

Carrión se dedicó a estudiar la verruga de 1881 a 1885.

Sus inváloraes "Apuntes sobre la verruga peruana" acompañados por 9 historias clínicas, y de publicación póstuma en 1886, nos manifiestan gran parte de sus conocimientos al respecto; aunque no todos, como bien apuntan sus compañeros editores del folleto.

Estos escritos revelan que conocía exactamente los variados aspectos clínicos del síndrome verrucoso.

Por otra parte es importante relevar que, si bien define la enfermedad como una "pirexia anemizante" que "produce una erupción polimorfa" y si bien menciona la anemia de "intensidad variable según los individuos", con "destrucción de glóbulos rojos" por el agente de la enfermedad verrucosa, refería esta anemia al período de invasión "que precede a la erupción" verrucosa y no estaba definida en su mente la relación de este síndrome con la fiebre anemizante denominada "de la Oroya".

Respecto a su conocimiento de trabajos anteriores, decía que "fuera de los trabajos de Salazar y de Vélez" no había oído mencionar otros nacionales. En el capítulo "Patogenia" de sus Apuntes trunca, escribe: "procuraré, en cuanto me sea posible, hacer un ligero análisis de las diversas opiniones que existen sobre este punto". Entre ellas existía la que sobre unidad de los síndromes oyó, "una vez", "decir al doctor Alarco", que quizá no se había entonces fijado en su mente, pero que debió recordar con toda lucidez cuatro días antes de su muerte.

Chargé de cours d'Anatomie Générale et Histologie
 Professeur d'Anatomie Générale et Histologie, Décret du 16—12—1881

Décédé le 19 Octobre 1918

PHYSIOLOGIE EXPERIMENTALE

Sur l'augmentation considérable du nombre des globules rouges dans le sang chez les habitants des hauts plateaux de l'Amérique du Sud. Note de M. François Viault, présentée par M. de Lacaze-Duthiers.

"Au cours d'une récente mission scientifique sur les hauts plateaux de l'Equateur, du Pérou et de la Bolivie, où j'étais allé étudier expérimentalement l'influence de la raréfaction de l'air sur l'organisme de l'homme et des animaux, j'ai dû porter successivement mes investigations sur les modifications, apparentes ou cachées subies par les différentes fonctions de l'organisme. C'est ainsi que j'ai dû étudier tout d'abord, à ce point de vue l'état du sang, avant de passer à l'étude des changements présentés par la circulation, la respiration, les combustions internes. Ce sont les résultats de ces premières recherches que j'ai l'honneur de communiquer aujourd'hui à l'Académie.

"Comme il importe d'établir un déterminisme rigoureux des conditions dans lesquelles j'ai opéré, je dirai que mon séjour dans la Cordillère, à des altitudes différentes, a été d'environ un mois et demi; mais les observations relatées dans cette Note ont toutes été prises à la hacienda mineral de Morococha, localité du district minier de Yauli (Pérou), située à l'altitude de 4392 m. au-dessus du niveau de la mer, où j'ai séjourné environ trois semaines. Je donne ces détails en raison de ce fait que les observations ont porté non seulement sur les habitants sédentaires de la mine, mais encore sur moi et sur mon aide le Dr. don J. MAYORGA (de Lima).

"On peut supposer a priori que la raison physiologique qui permet à l'homme et aux animaux de supporter l'atmosphère très rarifiée des hauts lieux doit consister: soit dans une accélération des battements de coeur, qui ramènerait plus souvent le sang au poumon; soit dans l'augmentation de l'élément respiratoire du sang, c'est-à-dire des globules; soit dans une plus grande capacité respiratoire de l'hémoglobine, soit enfin, et dans une mesure difficile à évaluer, dans la diminution des besoins des tissus en oxygène, c'est-à-dire dans l'amoin- drissement de

El cuarto momento de su razonamiento, el más grave, ha sido el de pensar con Cuvier que debía estudiarse "al hombre en el hombre" y concluyó que las inoculaciones más productivas son las que se realicen en el ser humano, dejando escrita su opinión en esta frase: "¿no es cierto también que la ciencia, sobre todo la medicina, debe en gran parte su adelanto a experimentaciones arriesgadas?".

Ello ya llevaba implícito el quinto momento, el culminante, que se manifestó cuando expresó a sus compañeros la firme determinación de inocularse con producto verrucoso, en lo que, según dijo, "he tenido demasiado tiempo para pensar"; decisión que tomó aunque sucediera que "la erupción de la verruga tuviese su desarrollo en algún órgano noble", pues así "habría pagado con mi vida mis ardientes deseos" de adelanto de la ciencia y de "prestar un servicio importante a la humanidad doliente".

Conocido es que las resistencias de condiscípulos y maestros fueron vencidas por la lógica y la decisión inquebrantables de Carrión, quien así pasó a la *tercera* fase: la ejecución del experimento en sí mismo, con el preciso objetivo de sorprender los caracteres premonitorios de la verruga eruptiva.

6.—*El experimento de Carrión y sus resultados científicos*

El protocolo del experimento ha sido registrado por el mismo Carrión durante 8 días y luego por sus compañeros.

En obligado laconismo extractamos los datos cardinales.

El 27 de Agosto de 1885, la sangre de una verruga típica de enfermo en plena evolución eruptiva fué inoculada intradérmicamente en cuatro lugares de los brazos de Carrión.

El 17 de Setiembre, o sea después de 21 días de incubación, se manifiestan los primeros síntomas.

En días sucesivos surge la fiebre elevada y se presentan artralgias, mialgia, cefalea. Sobrevienen luego el tinte subictérico y la anemia que a partir del decimoprimer día "domina por completo el cuadro sintomático", y a los 17 días de enfermedad se expresa con 1'085,000 hematíes, que deberán llegar "in extremis" a 600,000. No se observa verrugas típicas.

La marcha de la fiebre anemizante maligna sigue su curso hasta el 5 de octubre, 19º día de enfermedad manifiesta y 40º después de la inoculación, en que termina la existencia del gran experimentador peruano.

En el decurso de su enfermedad cupo a Carrión realizar la *cuarta* fase del proceso científico: la síntesis.

Hasta el día décimo primero, Carrión interpreta sus síntomas como "los de la invasión de la verruga".

En el décimo sexto día, el auto-análisis que efectuaba a pesar de su extremada gravedad lo llevó a concluir: "Hasta hoy había creído que me encontraba tan sólo en la invasión de la verruga, como consecuencia de mi inoculación, es decir en aquel período anemizante que precede a la erupción; pero ahora me encuentro firmemente persuadido de que estoy atacado de la fiebre de que murió nuestro amigo Orihuela. He aquí la prueba palpable de que la fiebre de la Oroya y la verruga reconocen el mismo origen".

Frente a los intentos de sus condiscípulos para disuadirlo de tal concepto, insistió en aseverarlo y afirmó: "No me arredra la muerte".

Al día siguiente reitera el mismo concepto y agrega estóicas expresiones.

Antes de su partida supo que el experimento había alcanzado a desentrañar el problema más oscuro de la verruga peruana.

La objetividad y el rigor del protocolo que nos legara añaden fuerza demostrativa a este magno experimento crucial.

Algo más, sin embargo, debemos agregar a las conclusiones de Carrión y, lo haremos transcribiendo lo que Carlos Monge, con talento de médico y de historiador, viera y escribiera en 1926. Dice así:

"En suma, en el acervo científico de Carrión debe señalarse: sus observaciones clínicas que llevó a cabo durante cuatro años; la descripción nosológica de la Verruga eruptiva; su inoculación que estableció la unidad de la Verruga eruptiva y maligna; el reconocimiento que Carrión hizo de que quedaba establecida la unidad clínica de la Verruga en sus dos formas; y la descripción acabada de la Verruga maligna en la historia de la enfermedad que lo llevó a la tumba".

No cabe en esta exégesis ocuparnos del desarrollo posterior de nuestros conocimientos sobre la enfermedad, a los que contribuyeron Odriozola, Arce, Herculles, Mackehenie, Monge, Weiss, Hurtado, Aldana y tantos otros investigadores. Sólo apuntaremos que la epidemiología y la profilaxis de esta enfermedad todavía están en sus albores.

7.—Rango científico universal de Carrión

El mejor homenaje que podemos rendir a Carrión es, más que admirarlo, comprenderlo. Sólo después de enjuiciar su persona y su obra podremos enaltecerlo.

¿Cómo comprenderlo si no es analizando su advenimiento, su vivencia y su obra con criterio histórico?

Para ello hemos considerado la gesta carriónica en relación con la época peruana que le dió vida, con la tendencia filosófica de su tiempo, con el pensamiento médico de entonces, con los conocimientos específicos del momento; y hemos analizado su experimento en confrontación con su metodología y sus resultados.

Con ello creemos haberlo ubicado en la dimensión de su tiempo peruano.

Pero ha trascurrido un siglo desde su nacimiento y en el balance de hoy tenemos suficiente perspectiva para apreciar su dimensión secular y su vinculación con la medicina universal.

No cabe duda que el advenimiento de la bacteriología constituyó una crisis para el pensamiento médico como lo es hoy la irrupción de la bioquímica. Crisis saludables ambas, pues operan el salto de lo contemplativo a lo experimental; pero peligrosas ambas cuando haya quienes pretenden manejar esas dos nuevas técnicas en divorcio de la concepción hipocrática de integración unitaria de los signos y síntomas morbosos.

Honorio Delgado, al relevar con Valdizán que Carrión "estudió su problema con método definido y talento superior", caló muy hondo en la apreciación de la heurística carriónica. El equilibrio de Carrión consistió en aceptar los postulados de la bacteriología como parte nacida del seno del sistema general hipocrático y en armonía con el mismo. No olvidaba Carrión el principio hipocrático de que "la enfermedad es un proceso natural resultante de causas naturales", lo cual en lenguaje moderno llamaríamos determinismo biológico; y mantuvo su fidelidad a la concepción galénica de que "en las enfermedades hay una reconocibilidad y una persistencia características", pues manifiestamente consideraba que la especificidad de una dolencia infecciosa no es sino un caso particular de la ley galénica. De allí su confianza determinista en que la inoculación del agente séptico reproduciría el cuadro clínico propio de su procedencia; y de allí su afán de definir los cuadros clínicos de la verruga, tanto en las historias que recopilara, como en la suya propia, como elementos de confrontación o padrones.

En un medio en que todavía se discutía problemas médicos a la luz de doctrinas apriorísticas —la Gaceta Médica es vivero de tales muestras— Carrión hace "abandono de las tesis eruditas", como apunta Valega. A ello quisiera agregar que me parece que podría haber hecho suyo el epigrama de Goethe: "Al académico profesional no le importa el concepto viviente, sino sólo lo que se haya escrito acerca

de él". En efecto, en ese afanoso curriculum que es su diario científico expresa haberse visto urgido a multiplicar sus observaciones antes de conceder prioridad al cotejo bibliográfico que —como dice— "procuraré hacer en cuanto me sea posible"; actitud refrendada por Alcedán cuando refiere que en su "empeñoso ahinco" e "incesante actividad no desperdiciaba ocasión" para aunar más y más observaciones.

Es dentro de esta actitud que capta el mensaje experimental de Claude Bernard y acata el mandato de los preceptos pasteurianos, como nuevas y más ajustadas integraciones de la clínica.

Aun más, repetidos párrafos de sus apuntes aluden a las variaciones individuales, en etiología y en clínica, ligadas como diríamos hoy al terreno; pensamiento indudablemente precursor de la concepción inmunitaria, que propiamente en la verruga tiene tan acabada aplicación.

Carrión, podemos aseverarlo hoy, es parte viviente del proceso que, con raíz hipocrática y galénica, culmina con Claude Bernard, Pasteur y Koch, triunvirato del Renacimiento de la medicina.

Tal época es la que ha urgido a una legión de galenos a apresurar el ritmo de los descubrimientos entregándose o exponiéndose al ataque de los agentes morbígenos. Lazear, Stokes, Young, Strauss, Noguchi, Ricketts, Provazek y tantos otros han pagado con su vida sus propios aportes a la ciencia. Esta lápida aurea internacional está claramente encabezada por el nombre de Daniel Carrión, quien fué entre los primeros en fundamentar, con su sacrificio, uno de los clásicos postulados de Koch y murió dejando la consigna de extender el campo de la comprobación.

En su hazaña largamente preparada y meditada, Carrión, "símbolo de la energía creadora de la medicina hispanoamericana", como dice Patiño Camargo, ha puesto voluntad indomable, ubicando precozmente la calidad del hombre peruano en la historia médica universal.

El anónimo estudiante que fuera consumó su incorporación científica al nutrirse de la savia antimetafísica que fluye de la sentencia bernardiana: "Las ideas no nos vienen del cielo sino de los hechos; y la experiencia es el control de los hechos".

Desde este dintel luminoso, y sumido en el proceso de "observar, razonar, experimentar, concluir", el mancebo peruano trasciende de golpe la línea académica cuando arroja su vida moza en ese crisol supremo donde acción y pensamiento ya son una sola cosa: y trasmuta repentinamente la ciencia en sabiduría.

Miremos altivos a este héroe limpiamente antropomorfo, que por sendas humanas ascendió a la inmortalidad.